

## M I R A D A S E X T R E M A S

## POSCOLONIALIDAD EN MARRUECOS

**Masacre y conciencia poscolonial.  
En torno a las imágenes de la sublevación  
y pogromo de 1912 en Fez y su olvido<sup>1</sup>**

José Antonio González Alcantud  
Universidad de Granada

El espectáculo más original y más inesperado que yo he tenido ocasión de ver fue el de varios cientos de mujeres y niños amontonados en las jaulas de hierro reservadas a los leones. En el gran patio de servicio, cuyos cuatro lados están rodeados por inmensas jaulas de hierro, se puede ver una jaula ocupada por dos leones soberbios, y a un lado están cincuenta mujeres con sus hijos. Más lejos, un oso gris danza al lado de una decena de fieras haciendo sus cosas. En la jaula opuesta, unas ágiles panteras trepan sus barrotes, mientras que los niños pasan su cabeza por los compartimentos de al lado.

HUBERT-JACQUES, *Le Matin*, 28 de abril de 1912

Existen hechos que resultan muy difíciles de desarraigar de las conciencias individuales y colectivas. Gustave Le Bon decía en 1911, poco antes de los sucesos que vamos a describir, lo siguiente:

Contra la insuficiencia declarada de mis conocimientos en ocultismo, no creo temerario tentar hacer una clasificación de los fantasmas e investigar las leyes de su formación [...] Se admitirá fácilmente, y pienso que sin demostración, que la mayor parte de los acontecimientos del pasado se han llevado a cabo bajo la influencia de los fantasmas. Estudiada desde un punto de vista bastante elevado para abordarla en su conjunto, la historia aparece como la colección de esfuerzos de los pueblos para crear los fantasmas o destruirlos. La política, antigua o moderna, no es más que una lucha de fantasmas [Le Bon, 1911: 60].

El fantasma histórico no era, como parecía dar a entender el afamado y discutido sociólogo, una cuestión de “ocultismo”, sino de pura socio-antropología. Ciertamente que hasta ahora de los “fantasmas” sólo se han ocupado los psicoanalistas más o menos

freudianos, además de los ocultistas. Pero cada día más se va barruntando que estamos en medio de una suerte de “guerra de los sueños”, cuyo onirismo bascula entre el principio del placer y la pesadilla (Augé, 1997). El fantasma histórico es manipulado con habilidad por los primeros hombres, héroes, que instituyen la sociedad, sus ritos y en parte sus mitos, y sobre todo por quienes se consideran sus continuadores. Le Bon también lo tenía claro a este respecto, reafirmandose en el valor de los fantasmas culturales como producto de la historia:

Las sombras soberanas son aquéllas de los fundadores de las grandes creencias. Desde el fondo de sus tumbas, dictan imperativamente sus leyes a millones de hombres [...] Por debajo de estos maestros indudables evolucionan los fantasmas de los héroes. Algunos de ellos nacieron al crearse las leyendas y los mitos encuadrando el ideal de los pueblos, pero tienen suficiente fuerza para ejercer su influencia, benefactora o nefasta, sobre acontecimientos muy alejados de ellos [...]. En la otra extremidad de esta jerarquía de sombras habita una legión inmensa de pequeños fantasmas ruidosos, alborotadores y vanidosos, sin poder real y sin duración. Ellos aterrorizan quizás a las almas crédulas, pero estallan como pompas de jabón en el momento en que se está lo bastante próximo [Le Bon, 1911: 60].

Cuando contemporáneamente Michel de Certeau ha religado historia y psicoanálisis, como vía fértil e inexplorada para estudiar la interpretación de la narración histórica, ha tenido que volver a la noción tan cara al psicoanálisis de “fantasma” (Certeau, 1998). El estadio fantasmático de la conciencia se nutriría del pre-fantasmático, el cual buscaría mediante el deseo seguir en sus trazas primitivas. “A partir del momento en el que un objeto, después del rechazo primitivo, viene a fijarse en el fantasma, el sujeto tiene la ilusión de que, para realizar su deseo, es suficiente encontrarse frente a este objeto sustitutivo” (Pujol, 1964: 42). Empero, a los fantasmas culturales hay que exorcizarlos. Así lo manifiestan al menos algunos hechos históricos incontrovertibles, como el “olvido” intencional, y por ende directamente político, de la matanza de argelinos en pleno París, y en una sociedad que se suponía que aún vivía bajo la directa influencia de haber conquistado su libertad frente al autoritarismo nazi (Einaudi, 2007). La sociedad francesa en particular, y tanto Gustave Le Bon como Marc Augé son franceses de diferentes épocas, ha sido siempre muy consciente del papel de las sombras en la ontología histórica, y por ende del poder de las ideas y las imágenes, y sobre todo del imaginario, como categoría capaz de aunar ambas (Tarde, 1973; Sartre, 1986).

Igualmente fue un francés, Maurice Halbwachs, quien enfatizó el papel de la memoria social (Halbwachs, 2004). Teniendo en consideración esta “sociologie de l’imaginaire”, con el apoyo de la escuela de Frankfurt, muy centrada en la desnazificación imaginaria, desde diferentes ángulos se ha dado cuenta del *deber de memoria* para evitar que las pesadillas fantasmagóricas, y sobre todo reales, de las últimas guerras europeas retornen. Ser eminentemente simbólico, el hombre en colectividad es consciente del valor del recuerdo. Frente a él se alza el deber de olvido, como una categoría ineludible. Borges nos recuerda con el caso de Funes el memorioso la imposibilidad de vivir bajo el peso de una memoria —“Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos” (Borges, 1997). Este sobrepeso de la memoria acabaría llevándolos, caso de prosperar, a la *stásis* o guerra civil. Nicole Loraux, por ello, nos recordaba el deber de olvido acordado por los griegos tras ese siglo de guerras intestinas que fueron las guerras del

Peloponeso (Loraux, 2008). Frente al deber de memoria y al deber de olvido, se han alzado los abusos de la memoria (Todorov, 2000), y con mayor frecuencia los abusos del olvido.

Toda esta entradilla nos debe servir únicamente para enmarcar el lugar de las imágenes en la génesis del *deber de lucidez*, en medio de una teoría que nos ocupa desde hace varios lustros a occidentales y no occidentales: el poscolonialismo y el posnacionalismo. Es decir, la manera de superar las consecuencias del complejo de dependencia creado por el corto pero intenso dominio colonial en quienes lo han sufrido, dejando un lastre de fantasmas y memorias persistentes, y cuya impronta y secuelas llegan hasta el día de hoy. Y hacerlo desde posiciones contrarias a todo encierro nacionalista. Sobre estas bases se construiría el contrapeso crítico y lógico enfrentado a la teoría hipernacionalista que muchos intelectuales han adoptado en el mundo árabe, como vía de salida de la crisis colonial.

\* \* \*

Mas vayamos directamente a los hechos y a sus imágenes resultantes. En marzo de 1912, como colofón a la Conferencia celebrada en Algeciras en 1906, que hemos definido como un banquete colonial, al producirse en la misma la deglución de todo Marruecos por las potencias occidentales (G. Alcantud y M. Corrales, 2006), y tras haber eliminado Francia a Alemania, como competidor más directo, de Marruecos, se creía inminente la firma de un acuerdo entre el sultán y la República Francesa que oficializaría lo que ya era un hecho: el protectorado francés, y español de manera subalterna, sobre la monarquía jerifiana. El sultán Muley Hafid había declarado su deseo de abdicar, según algunos intérpretes de los acontecimientos, para evitar que los franceses recortasen su poder; según otros, para evitar tener que enfrentarse a una situación que le era desfavorable, u obtener las más ventajosas condiciones económicas para su exilio. En relación con esto último había puesto en marcha los medios para garantizarse su bienestar parisino en el exilio que preveía (Charles-Roux y Caillé, 1955: 227). El caso es que antes de la llegada de la embajada de Henri Regnault a Fez, tras la oración del viernes había manifestado públicamente que no aceptaría una disminución de su poder (Azan, 1924: 322). Quizás uno de los mejores observadores de la liquidación del sultanato pudo describir el siguiente cuadro:

Establecido primitivamente sobre el prestigio de la religión y de sus leyes, porque los sultanes de Marruecos son unos descendientes del Profeta, el edificio podrido se mantenía desde hacía años en un estado vecino al de ruina. Solos en su aislamiento, la xenofobia y el fanatismo de su pueblo habían retrasado una disgregación más rápida, y durante largo tiempo, con las angustias de esta perturbación mortal, Marruecos había conservado un hilo de vida. Un joven y pródigo sultán había dilapidado las ganancias del país y vaciado las arcas del tesoro, en gran parte para comprar mercancías europeas inútiles. Su reinado había sido la época de los *commis voyageurs*, cuando las caravanas convergían en Fez viniendo de todos los puertos, llevando jaulas de animales salvajes y el surtido más llamativo de las cosas más heteróclitas del lujo y del mal gusto. Este era el tiempo de los fuegos de artificio y de los organillos, de los uniformes fantásticos y de los papagayos del Amazonas [Harris, 1929: 117].

Tanto el sultán Muley Abdelazziz como su hermano y oponente, Muley Hafid, participaban del mismo criterio de obnubilación frente a los productos que la moder-

nidad occidental les ofrecía, al igual que los fasis en su conjunto. En contraste, la vida real de palacio era objeto de todo tipo de crueldades. De éstas eran víctimas los propios fasis, y sobre todo los enemigos políticos del sultán (Harris, 1929: 265). De hecho, al lado del sofá donde recibió a Lyautey, cuando éste tomó el mando de Fez, Muley Hafid exhibía la jaula donde había tenido prisionero al rebelde Rogui bou Hamara, y donde había hecho comérselo vivo por un león. Otro relato nos dice que antes de ser comido por los leones fue muerto de un disparo en la cabeza. Pero lo que sí parece claro es que El Rogui, encerrado en una jaula pequeñísima, estuvo expuesto en el Mexuar a la vista de los cortesanos que lo increparon durante días. La jaula luego fue exhibida en París, en la exposición colonial de 1912 (Mazières, 1933: 91-93).

Un día antes de la firma del tratado que llevaba consigo el embajador Regnault hubo un gran desfile militar de tropas francesas y jerifianas con asistencia de toda la colonia europea y buena parte de la élite fasi, mientras el sultán asistía a la ceremonia desde una terraza. El ingeniero y fotógrafo J. Bringau, una de las víctimas de las que nos vamos a ocupar, pudo tomar las imágenes de aquellos hechos. El hecho no por conocido dejaba de suscitar vivas emociones entre la población marroquí, tanto la de las ciudades como la del mundo rural. Fez seguía siendo la ciudad imperial, hermética a toda influencia externa, o con ésta recibida de mala gana, y acaso sólo justificada por los imperativos del activo comercio que practicaba buena parte de su burguesía fasi (G. Alcantud, 2008a). El asunto, considerado en principio secreto, fue aireado en París por Hubert-Jacques, corresponsal del parisino *Le Matin*, en estos términos: “Fez, 30 de marzo, vía Casablanca, siete horas de la tarde. El tratado estableciendo el protectorado de Francia sobre Marruecos ha sido firmado por el sultán hoy, a la una y media. Mañana por la mañana ciento un cañonazos anunciarán el hecho”.<sup>2</sup> No se dispararon estos cañonazos para no aterrorizar a la población, ya que había un combate cerca de Sefrou entre las tribus insumisas y las tropas jerifianas, y la población de Fez estaba convencida de que estas últimas iban a ser derrotadas. El asunto de la firma del tratado se presenta como la continuación de la “liberación de Fez”, acaecida con la llegada de la columna de Moinier, hacía casi un año, para evitar, entre otras cosas, la toma y el saqueo de la ciudad por las tribus que la asediaban.<sup>3</sup> No parece posible que el hecho de la firma se pudiese ocultar al rumor de la medina, más aún cuando estaba preparada una parada militar y unas salvas. Lo que sí se tiraron, a pesar de la tromba de agua que cayó sobre Fez esa tarde —y que obligó a posponer el viaje del sultán y la embajada—, fueron unos fuegos de artificio traídos para la ocasión desde Tánger. Se temía ciertamente la reacción de la población, y todas las medidas tomadas iban en esa dirección. Pero también se conocía la animadversión del fasi a las tribus, consideradas rústicas y bárbaras. No se esperaba, pues, una rebelión en toda regla. De hecho, el primero de abril el sultán organizó una cacería con la delegación francesa, a la cual probablemente corresponde una de las últimas fotos de Bringau, si no la última.

El hecho de haber teóricamente revelado un secreto fue motivo para que Hubert-Jacques, enviado especial de *Le Matin*, fuese mirado con aprehensión por el doctor Weisgerber, corresponsal de *Le Temps*. Éste, a petición de Regnault, no había enviado inicialmente ningún tipo de información a París: “Volviendo al palacio, M. Regnault me encuentra en la puerta de Dar El Glaoui. Estaba radiante, esto está hecho, me dice descendiendo del caballo: el tratado está firmado, pero yo he dado al sultán mi palabra de que nadie sabrá nada antes de su partida para Rabat”. “¡Luego, ni una palabra ni al *Temps* ni a nadie!”, le ordena Regnault a Weisgerber. Por la tarde Hubert-Jacques feli-

citaría a Renault, y éste le diría igualmente que no dijese nada a nadie, ya que era voluntad del soberano no anunciar nada, para dar lugar a preparar a la población de Fez, a la que informará él mismo. El hermetismo así era proverbial, y respondía a similares patrones de una vida aristocrático-burguesa extendidos por todo el mundo, desde Japón y China hasta Marruecos, de unas élites que temían a la modernidad y sus consecuencias. Pero, según Weisgerber, la noticia ya estaba aireada. Lanzada en París por *Le Matin*, pero no en Fez, donde evidentemente no podía conocerse vía prensa de París, dado lo rudimentario de la comunicación telegráfica entre ambas ciudades. Era conocida asimismo en Tánger, donde el embajador español la había anunciado, después de que se la transmitiese el cónsul de España en Fez, Balaguer. De hecho, y al margen de los canales por los que fue conocido el tratado protectoral, entre los que hay que privilegiar el rumor público, en el acto de la firma intervenían con un gran protocolo varias personas. En la firma, que nunca realizaba el sultán personalmente, estuvieron presentes el sultán, el visir El Mokri, el gran dignatario Ben-Ghabrit y el Hajeb, o secretario de los sellos, además del embajador francés Renault.

Lo cierto es que el primero de abril, es decir veinticuatro horas después de que lo anunciase *Le Matin*, el periódico parisién rival, *Le Temps*, también daba a conocer la firma del protectorado, mediante un artículo de opinión en primera página, y un telegrama firmado por Renault, recién llegado al Quai d'Orsay. Asimismo *Le Petit Parisien*, que se anunciaba como el periódico de mayor tirada del mundo, anunció el establecimiento del protectorado en primera página ese primero de abril. Es decir, toda la prensa francesa ya sabía del hecho que evidentemente esperaban que se consumase de un momento a otro, pues no era otra la finalidad conocida de la embajada de Renault. En los días siguientes, *Le Petit Parisien* va desgranando cómo se establecerá el protectorado, y cómo serán salvaguardados los derechos españoles. De las paralelas negociaciones con España se ocupa toda la prensa.

Como continuación del anuncio de la firma el 3 de abril Hubert-Jacques realiza una entrevista a Muley Hafid, donde éste subraya que ha firmado el tratado en interés de su pueblo. El debilitado sultán recomienda a los franceses tratar con dulzura a los marroquíes para ganárselos, y hacerlo sin altivez: “Francia —dirá— es una gran potencia musulmana que da pruebas de su generosidad, así como de su admirable conocimiento del islam, y donde los procedimientos de organización saben adaptarse a las circunstancias”.<sup>4</sup> Toda la prensa informa igualmente, unos días después, que el sultán se apresta a abandonar Fez en dirección a Rabat y a París. El jueves cuatro, *Le Temps* informa de la entrevista que el sultán le concedió a Hubert-Jacques, destacando aquellos párrafos e ideas más relevantes de la entrevista, en la que se justificaba por sus decisiones.

Cuando la firma del tratado fue conocida por la población de Fez, mediante el rumor confirmado seguramente por cualquiera de los actores en presencia, por ejemplo por el gran visir El Mokri, contrario a la firma, se produjo, según Weisgerber, “una consternación general” dado que se interpretaba aquella firma como una traición y una venta del reino, el sultanato y la ciudad: “Una calma amenazante pesaba sobre la ciudad —nos cuenta—, pero los signos precursores de la tormenta no eran aún percibidos por los europeos, más que por los raros iniciados en la vida íntima de la capital. Sin embargo, en las calles, apenas había una figura sonriente; los indígenas respondían apenas a las palabras que se les dirigían, y los amigos de la víspera fingían no conocerte. Pero ningún gesto violento traicionaba aún los sentimientos de odio que

agitaban los espíritus” (Weisgerber, 1947: 213). Observador juicioso, y adepto al conservadurismo político, el doctor Weisgerber se había dado cuenta del estado de espíritu de los fesíes. Lo primero que observamos a través de los escritos, ya que la imagen poco o nada puede decirnos al respecto, al menos hasta que la fotografía contemporáneamente ha decidido captar expresamente las miradas como fuente de información, es que la densa calma existente antes del levantamiento del 17 de abril era interpretada de diversas maneras. Para el ministro plenipotenciario francés, miembro del colonizador *Comité de Marruecos*, y como tal partidario decidido de la colonización, H. Regnault, esta calma no ocultaba nada extraordinario. La entrada de la delegación francesa en Fez mantuvo todas las características de un silencio espeso, que ni Regnault, ni el llamado, por el doctor Weisgerber, “oráculo” del ministro supieron interpretar. Fueron saludados a la entrada por los dignatarios del majzén y el cuerpo consular, vestidos con sus mejores galas, por las tropas jerifianas y algunos centenares de notables a caballo. La población del barrio judío, el *mellah*, los saludó con toda la simpatía con la que los ciudadanos hebreos marroquíes acogían a los colonizadores, que entendían que los protegían y empleaban como agentes suyos, habiendo desplazado varias orquestas de música hebrea en honor de la comitiva.

Pero, después, nada —nos dice Weisgerber. De Bab Dkaken a Boujeloud, ¡vacío! ¡La vasta plaza de Boujeloud, un desierto! Debajo de la mezquita, un rebaño de prostitutas, mandadas por el pachá, nos saludaban haciendo you-yous destinados a crearnos la ilusión de que era una manifestación espontánea de las mujeres de Fez. De allí a la entrada del barrio de Douh, los tenderos y sus clientes habituales bajaban sus miradas o fingían desinteresarse completamente de nuestra brillante cabalgada. El resto de nuestro itinerario se desarrolló a través de callejuelas tortuosas, estrechas y vacías del Douh [Weisgerber, 1947: 211].

Por un lado la burguesía deseaba la protección francesa, pero de otro “las gentes de Fez eran menos dóciles de lo que se creía” —tal como había asegurado Muley Hafid en la entrevista de Hubert-Jacques. *Le Temps*, por su parte, recuerda que su enviado “con fecha 12 de abril, (observó) los primeros síntomas del movimiento xenófobo que estallaría cinco días más tarde” y que “hacía notar que la disposición de la población a nuestra llegada era peor que al día siguiente de la llegada de las tropas (en 1911); que se habían producido atentados aislados cometidos por fanáticos; y que, en fin, el síntoma más significativo era que los niños en la calle comenzaban a insultar a los paseantes europeos”.<sup>5</sup> Para rematar sus intuiciones el doctor Weisgerber señala que el día del levantamiento del fondo de una calle oscura una vieja bruja le había lanzado una maldición. “En-nçara f'es-sennara / El-yhoud f'es-sefoud” (Los cristianos a navaja y los judíos a la parrilla). Esto, según Weisgerber, no auguraba nada bueno.

Desde luego la información de *Le Matin* es la más fresca. *Le Temps* recibe tarde las noticias, en muchas ocasiones las toma de su rival, comentándolas a veces torcidamente, sobre todo al principio. Por ejemplo, apoya el día 19 de abril a Regnault frente a quienes ya piden su cabeza en París.<sup>6</sup> El día 20 disminuye intencionalmente el balance de muertos, y elude pronunciar la palabra “masacre”, a propósito de los sucesos: “Las noticias de Fez, bastante escasas, dan la impresión que la revuelta se ha localizado. Existen algunos muertos aislados y no se puede pronunciar la palabra masacre. El último despacho de M. Regnault llegado al Quai d'Orsay esta mañana no es inquietante. En fin, hay ahora 3.000 soldados en Fez y mañana habrá 5.000 [...] En el orden de

las ideas, uno de los deseos que *Le Temps* expresaba ayer ha recibido ya satisfacción. La unidad de dirección que no aparecía ante los ojos del público, existe, y desde el primero de abril M. Regnault cumple las funciones de residente general”.<sup>7</sup> Incluso, esgrimirá que no es la primera vez que la población de Fez se subleva contra un soberano, y que sólo son setenta los soldados marroquíes sublevados y que se encontraban localizados en tres barrios.

Con anterioridad a la masacre existieron otros indicios inquietantes que merecen ser relatados, puesto que completaban las indicaciones de Weisgerber: por ejemplo, una semana antes del levantamiento, y de que la embajada francesa llegase a Fez, un suboficial galo fue acuchillado, lo que motivó que Muley Hafid tuviese que enviar para ser leída en la gran mezquita Qarauyín una carta, en la que “reprobaba enérgicamente las alteraciones que se habían producido y prevenía a la población que se expondría a graves represalias de parte del majzén si éstas se reproducían”.<sup>8</sup> No obstante, en general permanecía el clima de sorda calma chica antes relatado. Llama la atención que los europeos que son fotografiados sólo unos días antes de la sublevación posan con una tranquilidad que después de las *jours sanglants* se nos vuelve inquietante. Probablemente estas fotos hubiesen pasado desapercibidas de no haber mediado la matanza ulterior. La revista *L'Illustration* se encarga de subrayar que algunas de estas tranquilas señoras francesas serán masacradas poco después de ser tomadas las fotos, e incluso que el propio fotógrafo, Bringau, morirá en la sublevación. Tanto la calidad gráfica de la información como la información misma aportada por *L'Illustration* es la más reposada, dado el tiempo transcurrido entre los hechos y la publicación de los mismos, si bien está en consonancia con la línea crítica iniciada por Hubert-Jacques y *Le Matin*.

Evidentemente existe un vacío fotográfico que corresponde al momento mismo de la matanza. Al morir en la primera refriega el fotógrafo de *L'Illustration* Bringau hubo que reconstruir fotográficamente los hechos con diferentes fotógrafos, incluido alguno autóctono. Los periódicos y agencias con corresponsales en Fez, fijos u ocasionales, para cubrir la firma del tratado protectoral eran *La Dépêche Marocain*, *Le Temps*, *Le Matin*, *L'Illustration* y la agencia *Havas*. Meynot era el corresponsal de la agencia *Havas*. El mencionado Bringau era corresponsal a la vez de *Matin* y de *L'Illustration*. En muchas páginas de esta revista se pueden contemplar fotos de Bringau, como aquéllas de la campaña de 1911, que terminó con la toma de Fez. Hubert-Jacques y Grébert tomaron también fotos de la campaña, mientras que las de Bringau se refieren al Fez conquistado.

En la primera página de *L'Illustration* aparece madame Bringau, captada por la cámara en una actitud distraída, mientras el general Moinier se encuentra a lo lejos, y su marido en primer plano. Se ofrecen otras fotos similares, de *soirées* bajo la jaima del sultán, y grupos de mujeres francesas fotografiadas en grupo. También se observa al sultán Muley Hafid en una cacería organizada en honor de la embajada francesa en los alrededores de Fez el primero de abril. Precisamente, esta foto de la cacería será el último cliché tomado por Bringau antes de morir en el pogromo, informa *L'Illustration*. Las siguientes fotografías que reproduce de la masacre *L'Illustration* son de procedencias diversas, desde anónimas hasta otras tomadas por el doctor Weisgerber, el capitán Chevalier o el corresponsal Hubert-Jacques. No conocemos el número de cámaras fotográficas existentes en Fez, pero sí sabemos la fascinación que la tecnología occidental creaba en la burguesía así e incluso en sultanes como Abdelaziz, el sultán pre-

vio, hermano de Muley Hafid (G. Alcantud, 2005b). Estas fotos se complementaron con postales que fueron editadas con posterioridad a los acontecimientos, firmadas por “Niddam et Assouline”, que recogen instantáneas igualmente de aquellos momentos trágicos, y debieron ser vendidas en un álbum de una veintena. Luego vienen las imágenes del *mellah* destruido, unas debidas a Weisgerber y otras a los mencionados Niddam y Assouline. En cada caso *L'illustration* procura dejar clara la autoría del cliché. A la vez alaba la calidad de las fotografías de su fallecido corresponsal, y de la propia afición del sultán a la fotografía, gracias a su influencia.<sup>9</sup>

En lo tocante a la información, Hubert-Jacques no puede transmitir nada que no sea oficial, dado que se lo ha prohibido expresamente Regnault. *Le Matin* protesta, poniendo en cuestión las informaciones oficiales, filtradas por Regnault: “Hay no sólo censura, hay prohibición absoluta de radiotelegrafiar las noticias a la prensa. ¿Por qué este régimen intolerable?”. Para completar este cuadro *Le Matin* se interroga en titulares: “¿La cifra de 26 franceses masacrados no está por debajo de la verdad?”. Y después de reproducir las fotos de uno de los asesinados, se pregunta cómo las tropas que llevaban casi un año en Fez no han podido impedir la matanza. Las flechas emponzoñadas se dirigen contra Regnault: “La opinión ha acogido con muy viva emoción la noticia de la muerte de nuestros oficiales y de la masacre de nuestros compatriotas en Fez. El gobierno ha creído su deber enviar ayer a M. Regnault sus felicitaciones. ¿Y la culpa, a quién está reservada?”.<sup>10</sup> *Le Petit Journal* también hizo un seguimiento a través de la agencia *Havas*, y de sus corresponsales en Tánger y Fez. A destacar que mientras la sublevación está en marcha y la prohibición de informar sigue activa los telegramas están firmados por *Havas* en Tánger.

La telegrafía fue fundamental en los acontecimientos de 1912. Existía una estación de telegrafía sin hilos de uso militar, desde julio de 1911, en el campamento de Dar-Debigah. Se sabía de la fragilidad de las comunicaciones entre Fez y el resto del imperio, y de la facilidad con la que quedaba aislada la ciudad. El telégrafo de uso civil se había instalado unos días antes de la sublevación en Fez. Una de las novedades del protectorado era desarrollar las comunicaciones. Se lee en *Le Matin*: “Se sabe que las comunicaciones postales son lentas, penosas y al mismo tiempo inciertas en Marruecos. Es con la ayuda de *rekkas*, es decir de corredores a pie, que las correspondencias son transportadas en todo el imperio jerifiano”.<sup>11</sup> Las penalidades que pasaban los *rekkas* para dar rodeos y evitar a las tribus hostiles eran enormes. Por eso el protectorado quiere hacer de la comunicación su primera medida eficaz. Para evitar esto el corresponsal Hubert-Jacques nos informa que El Mokri ha encargado a Samuel Biarnay, continuador de la obra de otro ingeniero llamado Popp, la creación de una red telegráfica abierta al público, ya que la que existía era de uso exclusivamente militar. Igualmente, se quería iniciar un servicio de *rekkas* con los primeros sellos postales. Se encarga, pues, a Biarnay la puesta en funcionamiento del telégrafo y del servicio postal. La telegrafía será un instrumento clave unos días después para hacer llegar las noticias a París, y dar cuenta al mundo de la masacre de Fez. Cuando estalla el motín de abril se renuncia en principio a la línea telegráfica establecida con la torre Eiffel, y que pasaba por Orán. Los telegramas son enviados de Fez a Casablanca, y de ésta a Tánger, y de allí a París.<sup>12</sup>

La primera noticia fue la llegada el propio día 17 de un cablegrama desde Tánger del que se deducía la alarmante situación que se vivía en Fez, con rumores cada vez más alarmantes. La noticia aparece el mismo día en que se anuncia al mundo el hun-

dimiento del *Titanic*, un auténtico cataclismo social por la relevancia de los fallecidos. También para los amantes de las coincidencias diremos que el mismo 17 de abril se anunciaba un eclipse total de sol. Había gran expectación por este último. No podemos dejar de hacer notar que el diario *Le Matin* presumía en su cabecera de ser el “seul journal français reliant par ses fils spéciaux les quatre premières capitales du globe”. La noticia de la rebelión fue rápidamente expandida creando gran expectación. André Chévrillon, fino observador del Marruecos crepuscular, que había estado en Fez en 1905, antes de que comenzase el proceso de colonización (Chévrillon, 1999), había visto así la oposición entre la telegrafía sin hilos y los minaretes: “Cinco años más tarde (de los sucesos de 1912), cuando yo miro Fez desde las alturas de las tumbas merinitas, los cambios casi no se perciben. Simplemente, por encima de los minaretes de la ciudad majzén, suben las antenas casi imperceptibles de la T.S.F. ¡Qué poder mágico anuncia! Por este grácil nervio dirigido al espacio, una relación instantánea ha sido asegurada con los otros centros gobernantes del organismo francés. Las comunicaciones con París nos llegan todos los días” (Chévrillon, 1933: 137). El telégrafo triunfa finalmente frente a los sistemas de comunicación tradicionales, como eran el rumor y los *rekkas*.

Dos días después *Le Petit Journal* acoge en sus páginas informaciones más concretas, como la que da cuenta de los europeos que se han refugiado en la embajada, en el consulado, en la estación de telegrafía jerifiana e incluso en el palacio del sultán. Se intenta, no obstante, desligar la hostilidad previa a los europeos con las causas inmediatas del levantamiento. Las explicaciones de Regnault son dadas por buenas. Por un telegrama de éste se tendrán las primeras impresiones sobre las causas que han dado lugar a los movimientos de rebelión:

Anteriormente —explica el ministro, justificando su política— a la reorganización de las tropas jerifianas (1 de marzo de 1912), las tropas no percibían más que un sueldo con el cual aseguraban su subsistencia. En razón de su temperamento esencialmente imprevisible, las tropas faltaban a lo necesario desde el momento que se alejaban por 24 horas de su guarnición. El primero de mayo de 1912 el sueldo ha sido aumentado en una proporción que sería comparable a la de los tiradores argelinos. Los instructores habían proyectado mejorar la existencia de las tropas haciendo que este aumento de sueldo tuviese por fin constituir un ordinario.<sup>13</sup> La novedad de este proyecto provocó agitación entre las tropas jerifianas. Enviaron ayer una delegación al sultán para protestar por las medidas anunciadas. Setenta hombres se han amotinado sin esperar la respuesta y una parte de la población de dos barrios se han librado a escenas de desorden.<sup>14</sup>

*Le Matin*, tras anunciar el día 19, dos días después de comenzar la rebelión, que “Fez est révolté”, en primera página y a tres columnas, da cuenta de que su corresponsal, Hubert-Jacques, se encuentra vivo, si bien no se tienen noticias concretas de él. Se da por descontado lo siguiente: “L'émeute a éclaté à Fez. La population est en révolte. La police indigène s'est jointe aux rebelles”.<sup>15</sup> En el segundo telegrama de Regnault se informa, según el periódico, de que la revuelta “ha sido el resultado de un complot organizado desde hacía varios días”. Hubert-Jacques ocupará el puesto del único telegrafista vivo, que estaba exhausto, pero sólo indica que transmitía despachos oficiales, por la censura de la que hablamos más arriba. Regnault quiere ser el único en informar oficialmente al gobierno (Hubert, 1913: 25). *Le Petit Parisien* también anunciaba que “Fez s'est soulevée”, reproduciendo una foto del general Brulard con su portaes-

tandarte, otra del consulado francés y finalmente otra de los soldados jerifianos. Anuncia la próxima llegada de un telegrama del jefe de “nuestra misión en Fez”, telegrama que nunca debió arribar, seguramente por la censura ordenada por Regnault.<sup>16</sup>

El día 20 la prensa comienza a dar cuenta de las noticias concretas que se reciben sobre los fallecidos. Así se informa de la muerte en acto de servicio de tres telegrafistas: Charles Ricard de 36 años, natural de los Pirineos Orientales, con tres hijos, que sólo llevaba cinco días en su puesto. Otro telegrafista fallecido llamado Decanis, de 23 años, era natural de Toulon. Y finalmente, uno llamado Miagat. Los tres murieron en el asalto a la sede de la telegrafía jerifiana que duró seis horas. Un cuarto al intentar suicidarse y fallar, y hacerse el muerto, consiguió salvarse. La lucha de los telegrafistas se presentó como una de las más “effroyables scènes”. También se dice que el único telegrafista que no está herido o muerto es Biarnay. *L'Illustration* también pondrá nombre y apellidos a algunas de las víctimas, sobre todo a los militares fallecidos en los primeros momentos del levantamiento, reproduciendo incluso sus fotografías. Igualmente se sabe que uno de los muertos de primera hora es la propietaria del Hotel de Francia, madame Imberdis. Se contabiliza inicialmente la muerte de tres españoles que vivían en el *mellah* y de un médico español, aunque más adelante se apostillará que todos los europeos muertos eran franceses.

Referente a los refugiados tenemos las siguientes noticias transmitidas por *Le Petit Journal*: entre los refugiados en la embajada francesa estaba Maurice Tranchant de Lunel, un esteta fundamental en el equipo posterior diseñado por Hubert Lyautey; en el consulado estaban Weisgerber y Hubert-Jacques, corresponsales de prensa. En el consulado de Inglaterra estaba el caid MacLeod, uno de los más influyentes extranjeros en la corte jerifiana; en la estación de telegrafía, el cónsul español Balaguer; y finalmente en el palacio del sultán, el doctor Murat. Imaginamos que el jefe de la estación de telegrafía Biarnay podía ser el misterioso oráculo de Regnault, pero no lo sabemos con certeza. Biarnay fue autor de algunos valiosos estudios sobre Marruecos, en especial sobre el mundo bereber.<sup>17</sup> Algunos de ellos están fechados en los mismos años en que se produjeron estos acontecimientos e indican que era un hombre bien informado del mundo rural, a lo peor creído de su sabiduría, y sobre todo pegado a Regnault, al cual se le consideraba *in pectore* el próximo residente general, tras la firma del tratado protectoral.

La polémica sobre los hechos estalla desde el primer momento. Como dijimos, el corresponsal de *Le Matin*, M. Bringau, que aseguraba el servicio periodístico y fotográfico de este diario desde hacía años, y su esposa habrían muerto. Bringau, nacido en Argelia, y su esposa fueron asesinados junto a dos invitados, M. Renault, oficial francés, y M. Bengio, comerciante. Bringau ejercía de ingeniero en palacio, donde era amigo del propio sultán, al que había aficionado a la fotografía. Se le consideraba un gran conocedor de Marruecos. Habitaba la casa donde sería masacrado desde el asedio de Fez de 1911. *Le Matin* se constituirá en la oposición a la versión oficial de Regnault, avalada por el gobierno de Poincaré, desde el momento en que recuerda que tanto el embajador como el ejecutivo francés no se conducían con la debida prudencia en Marruecos y que los hechos acontecidos eran de esperar. Todos los medios, menos *Le Temps*, se afanan por publicar fotos de los acontecimientos. Así, *Le Petit Parisien* tomó una foto reciente de Bringau, que reproducía a algunos de los oficiales masacrados, retratados junto a un aviador que acababa de hacer unos días antes un raid Casablanca-Fez.

Las cifras de muertos y heridos oscilarán durante días. *Le Petit Parisien* dará un balance inicial de 68 muertos y 74 heridos.<sup>18</sup> El balance definitivo de la masacre será de 15 oficiales, 40 soldados, 13 civiles, que hacen un total de 68 muertos, y 70 heridos, de los cuales 4 eran oficiales y 66 hombres de tropa. No se hace mención de los judíos, ni de los rebeldes. Al final Hubert-Jacques podrá dar una lista detallada de los muertos. El único diario que dará una cifra de fallecidos en la parte sublevada, *Le Petit Parisien*, habla de ochocientos fallecidos, no sabemos con qué fundamento, y de mil prisioneros,<sup>19</sup> que permanecían hacinados en la cárcel del pachá.

La huida de cuatro militares a través del *oued Fez*, que luego fue contada como una historia romántica, de aventuras, era absolutamente cierta. Asediados, se descolgarán por unas sábanas atadas, y hundidos en el cieno del río permanecerán allí durante muchas horas: “Estaban allí después de treinta y seis horas sin alimentarse, en el agua helada que los cubría por momentos hasta el cuello, inmersos en una cloaca infecta, en medio de ratas, los pies ensangrentados por los trozos de vidrio, esperando de un momento a otro ser sorprendidos y masacrados” (Hubert-Jacques, 1913: 59). Al salir a una calle desierta de Fez se tienen que poner a hacer ejercicios para poder andar dada la hipotermia que sufrían.

Finalmente cuando Hubert-Jacques puede informar de los acontecimientos lo hace enviando un *rekka* a Tánger desde donde fue transmitido por *Havas*. En este escrito cuenta paso a paso la revuelta. Relata que se enteró rápidamente por un rumor; revólver en mano se encerró en su casa, mientras la turba paseaba dos cabezas cortadas de europeos. Fue defendido por un marabut vecino y el cherif de Ouazzan que fueron enviados por el cónsul francés. Da cuenta de la participación activa de la población de la medina en la matanza: “Recibieron el entusiasmo de la población que, en gran parte, se unió a ellos, sin embargo las mujeres, esas horribles brujas que tienen por costumbre y por misión torturar a los heridos, daban ‘you-yous’ de alegría desde lo alto de las terrazas, excitando a sus maridos y sus hermanos a unirse a los amotinados [...] Las casas que los áscaris sabían habitadas por los oficiales fueron asediadas y muchos de estos últimos fueron matados, horriblemente mutilados, decapitados, y sus cabezas, cubiertas de lodo, fueron paseadas triunfalmente por las calles en picas y saludadas con grandes gritos por las mujeres”.<sup>20</sup> Hubert-Jacques acentúa mucho el papel de las mujeres en las torturas infligidas a los franceses, acompañando por ejemplo el sufrimiento de subintendente Lory, que habría sido quemado vivo. Las mujeres, mientras éste es quemado y torturado, comienzan a lanzar “you-yous”. Un grupo de marroquíes cortan con los dientes las entrañas de alguien para colgárselas como collares (Hubert-Jacques, 1913: 24). El 24 de abril se sigue informando en diversos despachos de que las cabezas cortadas de los instructores franceses han sido paseadas por la medina.<sup>21</sup> El corresponsal de *Le Matin* señala igualmente las muchas atrocidades, como ojos y vientres extraídos a las víctimas francesas, atribuidas a los sublevados. Una de las visiones que narra Hubert-Jacques es bien significativa del estado de ánimo reinante: “Acabo de tener una visión espantosa, allí sobre los mulos, lúgubramente iluminados por unos faroles que danzan en la noche, proyectando sobre los muros unas grandes sombras macabras, pasan unos cadáveres repugnantes, decapitados, mutilados, cubiertos de sangre y de lodo, enteramente desnudos”. El clamor de las mujeres con sus “you-yous”, que en 1919 interpretó André Chévrillon que excitaban desde las terrazas las fiestas, había significado masacre y orgía de sangre siete años antes (Chévrillon, 1933: 143).

Uno de los elementos que se echó en falta *a posteriori* era la inexistencia de un servicio de espionaje en Fez, ya que sólo un capitán se ocupaba de ello, con gran negligencia por parte de Moinier y de Regnault. Se afirma desde los primeros análisis que los acontecimientos de Fez no son sólo un amotinamiento de soldados: “La revuelta de Fez no es un simple amotinamiento de la guarnición. Para que estos soldados, conociendo ya la fuerza de nuestras armas, hayan osado amotinarse y masacrar a sus propios oficiales —unos hombres de élite escogidos especialmente por el conocimiento de los elementos indígenas— es necesario que se hayan sentido sostenidos por un vasto movimiento de odio contra el infiel. Ellos sabían perfectamente que reducidos a sus solas fuerzas, después de la rebelión no escaparían al castigo”.<sup>22</sup> Se cree que los sublevados tenían conocimiento de que la rebelión era más extensa, concerniendo al mundo de las tribus.<sup>23</sup> Las informaciones de Hubert-Jacques confirman la opinión de que se trataba de una conspiración largo tiempo urdida, que se tenía pensado hacer estallar una vez que el sultán y la embajada abandonasen Fez, y que la propia embajada fuese atacada en el camino de Rabat. Pero no todas las fuentes coincidían con este análisis. *Le Temps* creía a pies juntillas lo que Regnault transmitía en sus informes.

Unos días más tarde Weisgerber, corresponsal de *Le Temps*, anuncia cuál es la situación real y la participación fasi, desmintiendo los análisis políticos de su propio periódico, que hasta entonces había sido favorable a las tesis oficiales de Regnault, de tratarse sólo de un levantamiento militar: “Las noticias recibidas desde hace tres días modifican sensiblemente las primeras informaciones recibidas del motín de Fez. Se había creído en la veracidad de los despachos del 18 de abril, que se trataba de una revuelta solamente militar, deplorable, pero limitada. Esto no es cierto. La revuelta de los dos tabores no ha sido más que un incidente, una ocasión, si se quiere una señal. La rebelión ha sido sobre todo, y las muertes también, la obra del populacho, ya que el movimiento, conjurado desde hace tiempo, ha estallado en el momento en el que los fasis se creían seguros de la complicidad de las tribus”.<sup>24</sup> Un día después, Weisgerber, de manera anónima, hace llegar una carta a *Le Temps* en la que se aleja de Regnault al que responsabiliza de falta de sensibilidad hacia la cuestión marroquí, y culpa de paso al gobierno por no haberle dado plenos poderes en su momento al embajador. El viernes 26 de abril, por fin, *Le Temps*, que había intentado disminuir la trascendencia de los acontecimientos, publica el relato de Weisgerber, en el que se narran escenas de heroísmo, atribuidas al lugarteniente Pisani. Pisani más adelante reclamará un premio por su valentía. Pero, sobre todo, se destaca el estado de ruina del *mellah*, y se pone como ejemplo de brutalidad las torturas a que fue sometido el oficial Lory antes de expirar.

Respecto al saqueo del *mellah*, tenemos el relato de Elmaleh en una carta escrita cinco días después y enviada a la *Alliance Israélite Universelle* de París.<sup>25</sup> Esta carta, por su tragicidad, es reproducida *in extenso* como anexo de este artículo. Pero hay que hacer notar que en la misma se califica de “atroz pesadilla” el saqueo del *mellah*, donde se volcaron todos los resentimientos contra los franceses, y al no estar éstos al alcance, contra sus colaboradores, los hebreos. Se calculaba entonces en doce mil los habitantes de *mellah*, más o menos el diez por ciento de la población de Fez. Elmaleh nos ofrece una visión interna de la comunidad hebrea, huyendo como podía de la masacre, unas veces hacia el campo, y otras llamando a las puertas del palacio del sultán que se encontraba adjunto al *mellah*. Y del terror de los niños y mujeres que lo acompañaban, buscando una imposible protección bajo su autoridad de maestro. Las escenas que

nos narra del *mellah* son impresionantes, y a su carta nos remitimos directamente. Existe, por demás, otra narración interna del *mellah*, es la de una mujer que cuenta cómo precediendo al pogromo habían acudido muchos musulmanes a provocar a las tiendas judías en días anteriores. También cuenta que en la huida de los habitantes del *mellah* se refugiaron en otro barrio llamado *Nowâoul*, barrio de judíos muy pobres situado entre el *mellah* y Fez Dejid (Brunot y Malka, 1939: 211). Otra fuente, el doctor Weisgerber, que llegó al *mellah* tras la masacre y el saqueo, nos habla de gente temerosa hacinada en el patio del palacio del sultán, niños junto a las jaulas de las fieras que éste poseía, algunas de las cuales, vacías, les sirvieron para protegerse de la lluvia que no cesó de caer en los días que permanecieron allí, y familias hebreas aseándose en las fuentes del patio. Las fotos del patio del palacio del sultán donde se refugiaron los judíos huyendo del pogromo fueron tomadas por el doctor Weisgerber. Los varios cientos de personas allí concentradas, probablemente dos mil, tenían problemas de higiene, por lo que se procedió a adoptar medidas médicas, que dirigía el propio Weisgerber, en colaboración con el líder en esos momentos de los hebreos, el director de la escuela, M. Elmaleh. Este último siendo probablemente el único judío de nacionalidad francesa existente en el *mellah*, y ocupando un cargo de responsabilidad, se ocupó de coordinar los esfuerzos resistentes, y posteriormente en calidad de secretario-tesorero del comité de reconstrucción del *mellah*, de organizar la ayuda interna y externa para el auxilio de los hebreos fesíes, y la reconstrucción del barrio. Finalmente, el relato de Degracia, una niña de sólo cinco meses, construido seguramente de oídas a través de la memoria familiar, presenta la novedad de contar que los ulemas *chorfas*, es decir los santones islámicos de la medina de Fez, que solían ser muy amigos de los rabinos, a los que visitaban con frecuencia, acudieron a protegerlos: “Los unos y los otros tenían un gran placer en verse tanto en la medina como en el *mellah*. La matanza fue una ocasión para que estos señores del islam manifestasen su cercanía con estas familias”, asevera (Degracia, 2003: 53). Humana historia que nos libera de la pesada carga de la xenofobia.

Al miedo y al terror por lo inesperado de la revuelta, les siguieron los reproches por parte de los judíos por haber sido las víctimas inocentes de la misma, dado que al ir dirigida fundamentalmente contra los franceses y contra el tratado protectoral, los judíos, como tantas veces en la historia, habían acabado haciendo de chivo expiatorio. A pesar de las previsiones hechas por Elmaleh se tuvo que posponer la vuelta de los habitantes del *mellah*, dado el estado de ruina que presentaba éste. En los patios del sultán permanecieron entre doce y quince días. La tristeza, nos dice, fue invadiendo su espíritu conforme avanzaban los días. Para evitar epidemias se buscaron en los pozos del *mellah* cadáveres, pero se encontraron sobre todo joyas y dinero que habían sido arrojados allí por las víctimas. Entre los escombros se encontró todavía algún cadáver más de diez días después de comenzada la sublevación. Finalmente, después de desescombrar se procedió a devolverlos a su barrio el 29 de abril. El centro de abastecimiento estaba en las escuelas. Pero un millar de personas se había quedado sin hogar. La culpa diferida del desencadenamiento de estos tristes acontecimientos recaerá sobre los franceses:

Nuestros desgraciados correligionarios podrán mañana volver a sus casas. El espectáculo es descorazonador vista la existencia que ellos llevaron en estos patios del palacio puestos a su disposición, donde la mitad de la gente estaba sin abrigo; para colmo de

desgracias, la lluvia no ha cesado de caer desde hace tres días, y nuestros hermanos están allí empapados, tiritando de frío. Será para ellos una suerte volver a sus casas; por muy devastadas que ellos las encuentren, es un asidero para ellos este retorno a los hogares. Por más que la muerte, el pillaje, el incendio les han bruscamente arruinado, se sentirán en su *mellah* menos tristes y menos exiliados. Mañana volverán al *mellah*, rebaño lamentable de víctimas inocentes que han pagado con sus vidas y sus bienes el rescate de las existencias de europeos salvados de la masacre, porque eso ha sido el saqueo del *mellah*, que no se ha hecho nada por impedir, donde se ha ejercido durante tres días el furor de los soldados sublevados y de todos los malandrines de la ciudad, lo que ha salvado de la catástrofe final al barrio europeo [Elmaleh, 1912].

Por ello, aunque para el director de las escuelas “la caridad pública nunca podrá reparar el mal inmenso que ha sido hecho a los judíos”, y que “lo que se haga por ellos no compensará los días de angustia, de tristeza de volver a los hogares devastados, de duelos y de violaciones”, en virtud del derecho que los asiste deben pedir, a criterio de Elmaleh, al gobierno francés y marroquí la reparación del destrozo que han sufrido sus vidas, sus bienes y sus casas. No obstante, las reclamaciones por haber sido las víctimas propiciatorias tienen un rápido objetivo: conseguir un terreno para ampliar el *mellah*, donde vivían los hebreos hacinados, y conseguir compensaciones económicas del gobierno francés por los padecimientos pasados. Hubert-Jacques describió la situación así: “El más violento terremoto no habría creado un cuadro de horror más aterrador y más lúgubre” (Hubert-Jacques, 1913: 69).

Otras noticias, acaso menos terribles por la cantidad de personas involucradas, pero no menos dramáticas para los afectados, son narradas en días posteriores. Una carta privada da cuenta de los padecimientos de nadame Bourdonneau y su hijita, que escaparon de la matanza gracias a la complicidad de fesíes amigos, que las ocultaron. Su marido, el capitán Bourdonneau, en la creencia de que habían muerto en la refriega primera, desafiando todo peligro se enfrenta temerariamente a los amotinados. Con cuatro balas en el cuerpo agoniza en el hospital, mientras sus compañeros le aseguran que su mujer y su hija se han salvado. Él, desgraciadamente, no los cree. De resultas de las heridas fallece, con la tristeza añadida de creer que habían muerto.<sup>26</sup>

Respecto a la actitud de los fasis, las noticias siempre son contradictorias. De un lado se alude a su profunda complicidad con la rebelión. Hubert-Jacques cuenta cómo vio a cuatro “importantes personajes marroquíes, suntuosamente vestidos, montados sobre soberbios mulos” dando órdenes de “¡derep, derep!, que quiere decir ¡mátalo, mátalo!”. Hubert-Jacques días después insiste en que cualquiera que conozca las mentalidades marroquíes sabrá que los áscaris, gente pobre, no se habrían levantado sin contar con el aplauso de los notables. Nunca, nos dice Hubert-Jacques, se sabrá exactamente el número de los ciento veinte mil pobladores de Fez<sup>27</sup> que participaron junto a los dos mil áscaris en los pillajes. Se señala como jefe de la sedición al tío del sultán, Ould ben Mohammed. Por razones como ésta, los áscaris pensaban que el sultán estaba con ellos, y comenzaron la rebelión al grito de ¡Viva el sultán! Los soldados se concentraron en Muley Idriss para declarar la *yihad*. También se señalaron al jalifa y al ministro de la guerra, que se pronunciaron en los primeros momentos violentamente por no obedecer a los franceses sino al sultán, e incluso a un hijo de El Mokri de apenas veinte años, que ejercía de pachá de Fez Djedid. El Hajj Brick es señalado como otro de los confabulados, al abrir las prisiones para que los prisioneros se adhiriesen a los sublevados. Una masa de funcionarios del majzén los habría seguido, si bien a calcula-

da distancia. Era tal el grado de preparación de la sublevación, que incluso se esgrime que unos europeos habrían sido avisados la noche antes de que iban a ocurrir incidentes graves, para que se pusiesen a salvo.

Otros notables, por el contrario, fueron a pedir protección y ayuda desde el primer momento: “Desde que los cañones se dispararon, una cantidad de notables como no se había visto se precipitaron a la embajada, al consulado y al cuartel general, pidiendo el *aman*. Se acogieron sus peticiones pidiéndoles demostrar de inmediato la sinceridad de sus sentimientos encargándose ellos mismos de la pacificación de la ciudad”.<sup>28</sup> Empujados por los fasis “dos tabores rebeldes fueron a mostrar su sumisión”. A estos tabores se les encargó la defensa de aquellas puertas que aún no podían ocupar los franceses, haciéndoseles ver que se atuviesen a las consecuencias si no cumplían la misión. “Se advirtió a los notables —continúa Hubert-Jacques— que al día siguiente todas las casas que no ondeasen la bandera tricolor, en señal de sumisión, serían cañoneadas. Por esto cuando me he levantado esta mañana he encontrado toda la ciudad cubierta de banderas más o menos francesas”.<sup>29</sup> Al parecer la idea de bombardear la medina se le adjudica al sultán, lo que no es de extrañar dada su conocida crueldad. Los franceses dan cuenta del éxito de la medida. Los fasis una vez que oyeron los cañones se habían percatado de hacia dónde caía el poder, ya que ni la artillería ni la ingeniería estaban del lado de los áscaris levantados, y habrían reaccionado poniéndose del lado del nuevo orden. Weisgerber afirma la importancia de esta medida: “El efecto del bombardeo intenso de ayer al mediodía (día 19) contra Boujeloud no ha tardado en hacerse sentir. Multitud de habitantes temiendo por sus bienes no han dudado en alzar banderas como signo de sus buenos sentimientos. Numerosos amotinados, en presencia de esta resistencia, que no esperaban, han abandonado la ciudad o han vuelto al orden”.<sup>30</sup> En su huida, informa Weisgerber, los amotinados dejaron gran cantidad de objetos robados en el *oued* que atraviesa la ciudad.

El entierro de las víctimas, la elevación de dos monumentos en su honor y la recompensa de los heridos fueron fotografiados, ahora con cierta exhaustividad. Los fasis y las autoridades del majzén asisten de buen o mal grado a las inhumaciones. Los hebreos también realizarán sus entierros, pero en la intimidad. Los muertos fesíes aparecen arrojados en el suelo, a veces con observadores y curiosos al lado de los cadáveres. El desprecio va en relación con la magnitud del delito que se les imputa.

Retornemos al relato literario. La impaciencia de los amotinados es considerada una cuestión primordial que desencadenó su fracaso, cuando el plan era que el caíd Bouchaib, de los Beni-Hassen, y el caíd Gueddari atacasen en el camino entre Rabat y Fez al embajador y al sultán, siendo la señal de sublevación de Fez. Preguntándose por las causas del amotinamiento, como dijimos, Weisgerber diferirá tanto de la lectura de Regnault que no vio en éste más que un levantamiento militar, como la del general Moinier, que creía que era una intriga del majzén, al sostener que “la causa profunda [...] era el estado de espíritu que yo había señalado en mis cartas a *Le Temps* [...] Este estado de espíritu había contaminado a todas las clases de la población” (Weisgerber, 1947: 231).

Las primeras medidas tomadas tras la rebelión por el general Moinier serán: reemplazar a los pachás de la ciudad por gobernadores franceses; constituir un consejo de guerra para juzgar a los culpables del levantamiento, de la masacre y de los pillajes; y finalmente desarmar a la población. Los detenidos serán unos mil, que abarrotarían las cárceles del majzén. Fracasado Regnault a los ojos de todos el día 28 de abril se hace

público que el organizador del protectorado será el general Lyautey. Éste fue celebrado como escritor, sobre todo por los artículos sobre el rol del oficial colonial. En fin, *Le Temps*, después del giro que dio al acontecimiento de Fez, tras las informaciones de Weisgerber, saludó con entusiasmo el nombramiento de Lyautey, designación que interpretaba que ponía fin a un periodo de dispersión de la toma de decisiones en Marruecos.<sup>31</sup> Le sería adjudicado como secretario general M. Gaillard, el entonces cónsul en Fez, al cual Regnault quería empujar a irse a Europa. A Regnault se le retiraba a un puesto diplomático en Europa, de manera inmediata. El relato de Weisgerber termina justamente con los sucesos de Fez, que para él abren una nueva época en Marruecos, cerrando el período de la “anarquía” e iniciando el del “orden”.

Con posterioridad, el 28 de abril, antes de que terminasen los ecos de la rebelión, Muley Hafid hizo unas nuevas declaraciones a Hubert-Jacques<sup>32</sup> en las que declinaba toda responsabilidad en los acontecimientos, y afirmaba que éstos eran sólo una sedición militar: “El estado de espíritu de las tropas, como el de la población, se me escapaba enteramente. Yo no tenía ninguna autoridad sobre ellas”.<sup>33</sup> Pero, en todo caso, la especie que él mismo había alimentado, directa o indirectamente, estaba en el fondo de la rebelión: “La leyenda del sultán prisionero de los franceses se expandió por todos lados, en virtud de una orden venida de lo alto”, y se siguió repitiendo durante mucho tiempo (Azan, 1924: 327).

Uno de los relatores de los acontecimientos en el semanario *L'Illustration* era Réginald Kann. Éste era un buen conocedor de Marruecos, país en el que llevaba ejerciendo como periodista desde 1903. Unos años después haría un libro sobre el protectorado.<sup>34</sup> Tras los acontecimientos de Fez se ausentará del país durante siete años. Empleó para apoyarse en sus relatos las opiniones de Hubert-Jacques, vertidas en *Le Matin*. Respecto a los militares fallecidos, otro relator de *L'Illustration*, C.B., enfatiza que eran personas jóvenes, sensibles y de élite. En particular, se comenta que el capitán Lory disfrutaba de la vista espléndida que desde su terraza tenía de la medina, que ya comenzaba a sentirse a gusto entre los indígenas, y que la benevolencia que empleaba con ellos le granjeaba sus simpatías. Entre las conclusiones de *L'Illustration* se esgrime la evidencia de que si los sublevados no se hubiesen precipitado a los planes iniciales —atacar la caravana oficial en el camino a Rabat— habrían acabado con la embajada. Al igual, que si no se hubiesen distraído en el saqueo del *mellah* habrían exterminado a todos los europeos de Fez. Luego se presenta en *L'Illustration* la ambigüedad del sultán. Éste será uno de los aspectos en los que más incidirá, tanto en el número de abril<sup>35</sup> como en el de mayo,<sup>36</sup> que dedicarán a la sublevación y sus razones de fondo. Los amotinados, según la información del semanario ilustrado, que pertenecían al 6.º tabor de infantería, habían sido arengados *in situ* por el gran visir El Mokri, los dos pachás de Fez, uno de los cuales era hijo del propio Mokri, y por el caíd de los negros, con frases provocativas como ésta: “Sois soldados del sultán, ¿qué hacen esos judíos entre vosotros?”. Les anuncian, por demás, a los soldados que “tienen las puertas abiertas”, es decir que nadie les va a cerrar las puertas interiores de la medina. Se constata que en una ciudad cuya mayor defensa eran sus puertas interiores (O’Meara, 2007), si el majzén hubiese ordenado cerrarlas, se hubiese sofocado la rebelión. Durante semanas, por otra parte, dicen que los soldados se encontraban excitados por las “filles” que rodeaban los cuarteles. Las fotos de *L'Illustration* nos dan idea de la dimensión trágica de un levantamiento que comenzó formalmente por el cambio en el salario de los soldados jerifianos, con la obligación añadida de hacerlos llevar una mochila. Estaban

acostumbrados a cobrar el equivalente a un franco, y con eso se apañaban para vivir con sus familias, que según Daniel Rivet eran mujeres de vida alegre; la reducción que se les hacía no era tan grande, en la medida en que a la vez se les subía a un franco y medio la soldada. Pero “este sistema del ordinario —escribe Rivet— dislocaba los microgrupos protectores a través de los cuales los *askar* se integraban en el ejército jerifiano, destruyendo una sociabilidad” (Rivet, 1988: 128). Se opondrían, pues, a pasar de ser soldados ligados al antiguo régimen a ser soldados de un ejército de corte moderno. La mochila al parecer había sido pedida dos años atrás por el propio sultán; no se había puesto en funcionamiento su uso por las susceptibilidades que levantaba, pero en los días previos las habían visto transportar por la medina; seguramente en acto de provocación calculada. La mochila la asimilaban los áscaris a una *bardâa*, que al llevarla los degradaba al nivel de bestias de carga o de las mujeres, humillándolos (Hubert-Jacques, 1913: 257).

Volvamos a los hechos. Una delegación va hasta el sultán, que se encontraba en el pabellón donde el día anterior se había dado una comida de despedida a la embajada francesa. Muley Hafid contesta ambiguamente a las reclamaciones de los amotinados, recomendándoles que se recojan en una mezquita cercana. Estas palabras darán pábulo a que los amotinados interpreten que el sultán les ha ordenado la guerra santa. Según Hubert-Jacques, el sultán les dio largas, y los envió a El Mokri a presentarle sus quejas. Luego Hubert-Jacques informa de otro segundo grupo, y finalmente de un tercero que querían ver al sultán. La conversación del sultán con este tercer grupo gira en torno a la cuestión del rumoreado abandono de Marruecos por su parte. Salen de la entrevista para dirigirse a la medina y van dando tiros al aire, mientras gritan que el sultán les ha ordenado la guerra santa: “¡Allah, Allah! ¡Mohamed recibe Allah!”. En cuanto al análisis sociológico de lo acontecido, en el número de mayo se hace notar que los sectores populares serían los más hostiles a los europeos y los que en definitiva subterráneamente estarían en connivencia con las tribus. Los funcionarios del majzén también eran hostiles porque, según *L'Illustration*, la nueva administración a cambio de un salario fijo les iba a quitar los ingresos irregulares derivados de la corrupción y la arbitrariedad. La burguesía fasi estuvo expectante, ya que eran los únicos que, dado su apego a su fortuna personal, no cayeron en manos de las pasiones desatadas.

El periodista Hubert-Jacques, señalado inicialmente como una de las causas del amotinamiento de Fez, al haber filtrado la noticia de la firma del protectorado, realizará el único relato sistematizado, y por ende completo, que poseemos. Se verá en la obligación de escribir un libro sobre los acontecimientos, con el fin de defenderse de rumores y acusaciones. El parlamento promete hacer una investigación a fondo, pero en la busca de responsabilidades acaba siendo partidario de que han sido los periodistas quienes han cometido la indiscreción que ha dado lugar a la matanza. Se alude a que un periodista, 24 horas antes que los otros periódicos, había dado cuenta de la noticia de la firma. El autor se explicita: “No nos conviene ser confundidos con los autores verdaderamente responsables de los acontecimientos de Fez, sobre cuyas cabezas debe caer toda la sangre derramada. En tanto que acusado, voy a presentar mi defensa. Defensa que consistirá simplemente en desenmascarar al gran culpable” (Hubert-Jacques, 1913: XV). Comenzará el libro dedicándoselo “a la memoria de las víctimas del amotinamiento de Fez, la ciudad criminal, yo dedico este libro para que las familias y los amigos que los lloran conozcan al fin la verdad de la tragedia de Fez”. El general Moinier en el homenaje a las víctimas la habría catalogado como la “ville cri-

minelle”, apelativo que él retoma. Dirá en el inicio que él estuvo siete años en Marruecos, antes de los acontecimientos relatados, y que por eso cree conocer la realidad de este país. Cita en concreto su participación al lado del general Drude, del general Lyautey en el Oranesado, en la marcha de Moinier de 1911 sobre Fez, en el Rif con el general español Marina, y acompañando a las embajadas de 1907 y 1909.

Hubert-Jacques consideraba en este sentido a los fasis como los verdaderos artífices de la revuelta:

La población de Fez, bien por su mentalidad bien por su tipo especial, se distingue absolutamente de aquélla de todas las otras ciudades de Marruecos. El fasi (habitante de Fez) tiene generalmente la tez muy blanca, casi lechosa; su arreglo es bastante rebuscado; sus manos, grasas y blandas, son objeto de atenciones cuidadas; su andar es lento, sus gestos sombríos. Su mirada es fugitiva, y sólo esta mirada, que sabe todos los matices de la calma más desdeñosa hasta el odio más violento, anima su máscara impasible y fingida. Estas características absolutamente particulares del fasi, se encuentran en el grado más acentuado entre las gentes de la clase más educada y de la pequeña burguesía. Los fasis de baja condición, que no pueden otorgar la misma atención a su vestido ni consagrar tanto tiempo al cuidado de su cuerpo, conservan sin embargo la misma mirada falsa y odiosa, la misma fisonomía impenetrable y sobre todo la misma mentalidad [Hubert-Jacques, 1913: 1-2].

Conociendo la mentalidad marroquí, añade, saben, sin embargo, que si la ciudad cae en manos de las tribus será saqueada. Por eso considera que ante la perspectiva de ser saqueados, como Casablanca lo había sido antes, tiemblan. Invoca las leyes de la caballería europea y francesa, fundadas en la fidelidad y el honor, para decir que los fasis han actuado a traición. “Los fasis que no son capaces de defenderse a sí mismos, sí han sabido masacrar, mutilar y torturar a hombres y mujeres sin defensa, han traicionado su confianza” (Hubert-Jacques, 1913: 5). Compara la toma de Mequínez, que fue muy dura, pero cuya población no guardó rencor ulteriormente a los franceses, con el odio profundo amasado por los fasis. Otros buenos conocedores de Marruecos como el doctor Weisgerber prefieren pensar que los fasis aterrorizados se encerraron en sus casas, y que incluso defendieron a los europeos, no trazando una imagen tan negativa como la dibujada por Hubert-Jacques.

Contemporáneamente, Daniel Rivet, sobre la base de los fondos del Ministerio de Asuntos Exteriores, sostiene que el trabajo de las sociedades secretas implantadas en la medina fue importante, así como el papel de los habitantes expulsados de la casba de los Cherarda para hacer de ella un cuartel. También llega a la conclusión que el 17 de abril de 1912 en cierta forma tiene un parecido de fondo con el 2 de mayo español. Su análisis debe ser retenido: “En el espacio de algunos días, la masa unida en el llamear de una ebriedad dionisiaca autodestructiva: destruir, dice ella, Fez ya no será más Fez. Parodia de fiesta fúnebre y purificadora empujada para flotar como un ‘barco ebrio’, pero sin legitimidad. Esquema de Comuna, acto insurreccional sin idea y sin cabeza, para parafrasear a Marx: el 17 de abril de 1912 hace pensar en el 2 de mayo de 1808 en Madrid más que en un levantamiento urbano en la ciudad musulmana de la edad clásica” (Rivet, 1988, I: 131). Quizás sea una comparación no muy afortunada, ya que ni el embajador Regnault y su corte eran los afrancesados españoles, como Rivet dice, ya que los primeros eran propiamente coloniales, ni las mentalidades de base eran las mismas, ni siquiera asemejadas, en el Madrid de 1808 y en el Fez de 1912.

Recuerda, con decepción, Hubert-Jacques los castigos que se han infligido en otros lugares por hechos similares. Así recuerda la represión realizada por los ingleses en la India en 1857 tras la rebelión de los cipayos, y la timidez de los 48 ajusticiados de Fez: “En Fez, durante tres días, la población se ha librado a los peores excesos, paseando por las calles despojos humanos puestos en picas, jugando al *football* con las cabezas de oficiales, arrastrando cadáveres mutilados en el lodo, haciendo espantosos collares con los intestinos humeantes de las víctimas, y por toda sanción 48 ejecuciones, más de un mes después” (Hubert-Jacques, 1913: 10). Le parece “insuficiente el castigo” (Hubert-Jacques, 1913:255). De hecho, las ejecuciones se realizan la mañana del mismo día en que Lyautey entra en Fez, al atardecer; lo libera así Moinier de un verdadero problema. “Cuando el general Lyautey llega, más de un mes después, es demasiado tarde para retomar unas sanciones que se habrían revestido del carácter de represalias en frío, crueles y metódicas” (Hubert-Jacques, 1913: 348). Se afirma en aquellos días que El Mokri estaba sano y salvo a pesar de los rumores que corrían.

Respecto a las medidas posteriores de represión, el general Moinier quería infligir un duro castigo al majzén y a la población fesí, pero Regnault se opuso porque creía que iría contra la parte más saludable, los fasis, en línea muy similar a la defendida por Weisgerber (Weisgerber, 1947: 236). Se habla de una investigación que fue encargada a Lyautey, pero éste ciertamente no quería cargar con lo anterior. “El general Lyautey es demasiado *gentleman* para jugar ese papel. Desde su llegada a Fez, había hecho, al contrario, todo lo posible por ignorar todo lo que se había hecho antes de él” (Hubert-Jacques, 1913: 206). Cuando Brulard le pidió dirigirse a las tropas que habían aplastado la sublevación, dijo: “Si yo felicito tendré también que censurar... No puedo hacer lo que me pedís”. Hubert-Jacques le llama “manera bastante hábil de enterrar responsabilidades”. A pesar de ello, al menos un estrecho colaborador de Lyautey había muerto en la rebelión, el capitán Lesparda.

Pasando por alto estas y otras circunstancias, Lyautey emprendió desde el primer momento la conquista moral de la población. En razón de la lealtad demostrada durante un combate del 28 de mayo solicitó al gobierno francés el levantamiento de la multa con la que se había castigado a la ciudad tras las *jours sanglantes*. La medida, según Weisgerber, causó muy buena impresión entre los fasis (Weisgerber, 1947: 244). Lo mismo hizo con los hebreos, concediéndoles los terrenos de la *Keshla des Djebala* y la camallería del sultán para ampliar el *mellah*.<sup>37</sup> Intentaba así Lyautey ganarse la simpatía de la población desde el primer momento de su llegada, desligándose de lo ocurrido anteriormente. Es curioso, por demás, que los libros que se refieren a las operaciones militares que dieron lugar a la conquista de Fez entre 1911 y 1912, se paren justo en el momento de dar cuenta de la firma del tratado protectoral (Khorat, 1913; Azan, 1924). Se ve que la orden de Lyautey de extender una espesa capa de olvido sobre el particular fue entendida por los relatores. De esta forma no se inquietó, con recuerdos problemáticos, un *statu quo* que permanecerá hasta 1956. Pero, desde luego, en la memoria de los fasis este asunto quedó como una reverberación distorsionante durante mucho tiempo. Paul Odinet lo expresaba así: “El recuerdo del 17 de abril del año último los persigue”, ya que en el fondo los fasis prefieren ser conocidos como “blancs de poulet”, dada su falta de bravura, que como fanáticos promotores de pogromos (Odinot, sd: 234). Después de estos hechos una de las primeras medidas del protectorado, por supuesto, fue quitarle la capitalidad del Estado a Fez, para optar por Rabat. En esta medida, además, tuvo un peso esencial el que Rabat fuese una ciudad marítima, cercana al mar.

Según Hubert-Jacques, Muley Hafid poco antes de la rebelión había dejado caer en una comida con el embajador francés palabras de doble sentido, que sólo alcanzaron su verdadera significación después. Se pregunta por qué las puertas interiores no han sido cerradas en la medina, y ello fue así por órdenes del pachá, el joven Hadj-Hammad-el-Mokri, hijo del gran visir El Mokri. Sobre El Mokri y su personalidad ambigua se extiende Hubert-Jacques. Éste habla de causas “aparentes” y de causas “reales”. Finalmente enfatiza que la revuelta fue exclusivamente contra los franceses, y que las viviendas de otros europeos no fueron tocadas. A Muley Hafid, al que había entrevistado al menos dos veces, lo considera muy sagaz, y dice que cuando lo vio después de la sedición la explicación que daba iba sólo en dirección al amotinamiento militar. Hubert-Jacques reconoce que el sultán tenía una gran habilidad dialéctica para responder y argumentar: “Sin la menor duda, sin el menor esfuerzo, aparentando reflexión, la respuesta venía inmediata, razonable, lógica, hábil... si no satisfactoria” (Hubert-Jacques, 1913: 228). Respecto a la posible responsabilidad que hubiese tomado el sultán en el devenir de los acontecimientos otros recapitularán años después: “Es incontestable sin embargo que Muley Hafid había grandemente contribuido a hacer nacer y a mantener el descontento general. Sus deseos de abdicar, que nadie ignoraba, sus declaraciones sobre la acción de Francia, su deseo de abandonar Fez, inquietaban grandemente a los fasis. Alrededor del soberano, los altos funcionarios del majzén temían que el nuevo régimen pondría fin a sus abusos y divulgaron rápidamente las palabras del sultán; éstas, deformadas y groseras, no podían más que excitar a la población contra los franceses” (Charles-Roux y Caillé, 1955: 237).

Empero, las responsabilidades últimas recaen sobre Renault. Como ejemplo de la falta de tacto del embajador se recuerda que cuando se organizan unas honras por los muertos franceses de la sublevación, a la llegada de Lyautey, Renault llega visiblemente tarde al acto. Señala, por otro lado, que quería que muchos caídos acompañasen al sultán en su exilio en París, para aumentar su vanidad. Es decir, se le tacha de irresponsable y de vanidoso. Además, hace ver la falta de inteligencia del embajador al señalar que él mismo fue quien le confirmó indirectamente con su actitud negacionista de la firma del tratado la veracidad del rumor.

Renault, finalmente, es descrito de esta guisa: “Presuntuoso, tajante, autoritario y testarudo, no tomaba ninguna decisión más que consultando a algunas personas de su ‘camarilla’, más conocidas por el arte de adular que por sus cualidades de observación. Una decisión detenida en su espíritu, la aplicaba con una brutalidad implacable, sin inquietarse por las condiciones variables del tiempo, de las circunstancias y de los personajes” (Hubert-Jacques, 1913: 354). En otros momentos se le llama “mediocre”, “de espíritu estrecho y cerrado, incapaz de sacar una opinión de sus propias informaciones”.

\* \* \*

¿Para qué recuperar esta turbulenta historia, que marcó la historia de Marruecos en un antes y un después? Desde luego que en los protagonistas el eco continuó presente durante mucho tiempo. Alfred Bel, aunque sin haber estado allí, sostiene que “muchos de nuestros compatriotas que allí se encontraban habían guardado la visión de estos horrores hasta tal punto vivos que no querían ver la evolución que se ha producido en los últimos años, en la actitud de los fesíes hacia nosotros” (Bel, sd). Luego, todo se fue olvidando, hasta que casi un siglo después el asunto está prácticamente

olvidado, y ni siquiera aparece en la historia de Marruecos. No se trata, por nuestra parte, de exhibir la pasión entomológica del investigador. Lo que me ha hecho seguir los pasos de la rebelión de abril de 1912 es el encuentro por azar del detallado libro de Hubert-Jacques. Por supuesto, podríamos catalogar esta rebelión de “patriótica”, como ha hecho D. Rivet. Desde luego que el número de víctimas musulmanas fue mucho más alto que las judías y francesas juntas. Pero se trata de sacar a la narración histórica marroquí, afectada por la lacra nacionalista y por el complejo de dependencia colonial, del lodazal a que la han conducido los historiadores panarabistas, para entrar en la normalidad del discurso poscolonial, y en la interpretación de los hechos. Así, las víctimas entre coloniales y judíos adquieren una especial significación, por la dimensión xenófoba y la crueldad empleada en sus muertes. Una de las características del poscolonialismo es el estado de espíritu capaz de sostener a toda costa la capacidad crítica, incluso para observar desde diversos ángulos un drama histórico como el acontecido en abril de 1912, y que cierra la llegada de Lyautey para instaurar un mundo otro, convirtiendo a Francia en una “nación musulmana”. Para ello las imágenes ponen el punto de verosimilitud a un hecho que de otra manera nos parecería inverosímil. Ésta es la virtualidad de la imagen en el discurso poscolonial: elevar a realidad lo que podía aparecérsenos simplemente bajo el manto de la literatura. Como se ha dicho en referencia a la irrupción de la masacre en la historia y sus repercusiones en la filosofía, y por ende el resto de las ciencias humanas, incluida la antropología, “la deconstrucción [...] supone dejarse afectar por la masacre en su espectralidad [...] Vencer la conjuración del espectro por el análisis de la masacre [...] Esta decisión es la ética de la filosofía” (Houillon, 2005: 399). Y de la antropología cultural, añadiríamos nosotros.

### Referencias bibliográficas

- AUGÉ, Marc, *La guerre des rêves. Exercices d'ethno-fiction*, París, Seuil, 1997.
- AZAN, Paul, *L'Expédition de Fez*, París, Berger-Levrault, 1924.
- BEL, Alfred, en Cte. Laribe, *Le Maroc Pittoresque, Fès*, sl, sd.
- BORGES, Jorge Luis, “Funes el memorioso”, en *Ficciones*, Madrid, Alianza, 1997.
- BRUNOT, Louis y MALKA, Elie, “Le pillage (d'avril 1912) raconté par une femme”, en *Textes judéo-arabes de Fès*, Rabat, Typo-Litho École du Livre, 1939: 206-212.
- CERTEAU, Michel de, *Histoire et psychanalyse entre histoire et fiction*, París, Gallimard, 1998.
- CHARLES-ROUX, François y CAILLÉE, Jacques, *Missions diplomatiques françaises à Fès*, París, eds. Larose, 1955.
- CHÉVRILLON, André, *Visions du Maroc. Illustrations de F. Detaille*, Marsella, Detaille éditeur, 1933: 137.
- , *Un crépuscule de l'Islam au Maroc en 1905*, París, Edif, 1999.
- DEGRACIA, *Récit d'une enfance marocaine. Une petite fille au mellah de Fès dans les années vingt*, París, L'Harmattan, 2003.
- EINAUDI, Jean Luc, *La bataille de Paris*, París, Gallimard, 2007.
- ELMALEH, *Les événements de Fez*. París, Alliance Israélite Universelle, 1912.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J.A., “Fez, a la luz inédita del modernismo hispano”, en Enrique Gómez Carrillo, *Fez, la andaluza*, Madrid, 1926. [Edición facsímil, Colección Archivum, Universidad de Granada, 2005a.]
- , “Volterianos musicales en Fez”, *El Fingidor*, n.º 24, 2005b: 21-23.

- , “La ciudad de débiles murallas y hombres sagaces. Sobre el hermetismo fesí en Fez”, en *La ciudad magrebí en tiempos coloniales. Invención, conquista y transformación*, Barcelona, Anthropos, Junta de Andalucía, col. PC/PU. Viento Plural, 2008a: 25-74. [Versión francesa ampliada: “Le supervivance du mythe de al-Andalus dans une ville du Maghreb: Fez”, en Marie-Thérèse García, Odile Lasserre Dempure, Axelle Vatrican (dirs.), *La ville méditerranéenne: entre imaginaire et réalité*, París, Ed. Honoré Champion, col. Babeliana, 2009: 13-55.]
- y MARTÍN CORRALES, E. (eds.), *La Conferencia de Algeciras en 1906. Un banquete colonial*, Barcelona, Bellaterra, 2006.
- HALBWACHS, Maurice, *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004. [Post-facio de Gérard Namer.]
- HARRIS, Walter B., *Le Maroc disparu. Anecdotes sur la vie intime de Moulay Hafid, de Moulay Abd 'Abd El Aziz et Raïssouli*, París, Plon, 1929.
- HOUILLON, Vincent, “Philosophie et politique du massacre: essai d’une déconstruction”, en David El Kentz (ed.), *Le massacre, objet d’histoire*, París, Gallimard, 2005: 387-408.
- HUBERT-JACQUES, *Les journées sanglantes de Fez, 17-18-19 avril 1912. Les massacres. Récits militaires. Responsabilités*, París, Librairie Chapelot, 1913.
- KHORAT, Pierre, *En colonne au Maroc. Rabat, Fez, Méquinez. Impressions d’un témoin*, París, 1913.
- LE BON, Gustave, *Psychologie politique et la défense sociale*, ed. original, 1911; reed. por “Les Amis de Gustave Le Bon”, París, 1984.
- LORAUX, Nicole, *La ciudad dividida. El olvido en la memoria de Atenas*, Barcelona, Katz, 2008.
- LOTI, Pierre, *Au Maroc*, en P. Loti, *Voyages (1872-1913)*, París, Robert Laffont, 1991: 171-310.
- MAZIÈREZ, Marc de, *Promenades à Fès*, Casablanca, Eds. Du Moghreb, 1933.
- ODINOT, Paul, *Le Caïd Abadía. Suive de Fahtma Drissia Chanteuse de Fez*, París, la Renaissance du Livre, 1931.
- O’MEARA, Simon, *Space and Muslin Urban Life. At the Limits of the Labyrinth of Fez*, Londres, Routledge, 2007.
- PUJOL, Robert, “Approche théorique du fantasme”, *La Psychanalyse*, n.º 8, 1964: 11-46.
- RIVET, Daniel, *Lyautey et l’institution du Protectorat français au Maroc, 1912-1925*, París, L’Harmattan, 1988, tomo I.
- SARTRE, Jean Paul, *L’imaginaire. Psychologie phénoménologique de l’imaginaire*, París, Gallimard, 1986.
- TARDE, Gabriel, *Ecrits de Psychologie Social*, editados por A.M. Rocheblave-Spenlé y J. Millet, París, Privat, 1973.
- TODOROV, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000.
- WEISGERBER, Dr. F., *Au seuil du Maroc moderne*, París, eds. La Porte, 1947.

#### ANEXO

### CARTA DE ELMALEH SOBRE LOS SUCESOS DEL MELLAH

Barrio judío, 22 de abril de 1912

Salimos de una atroz pesadilla. El saqueo del *mellah* por las tropas jerifianas amotinadas comenzó el miércoles 17 al mediodía. Cuando acababa de abandonar la escuela y me disponía a almorzar, se me advirtió que acababan de oírse unos disparos en la puerta del *mellah*. Creía que se trataba de un incidente sin importancia. Pero, poco a poco, las noticias me parecieron más alarmantes [...] Las puertas del *mellah* fueron cerradas, pero desgraciadamente no estaban bien defendidas, porque los israelitas no tenían suficientes fusiles y municiones y el ataque fue tan rápido que fue imposible organizar la defensa. Cada cual buscó defenderse individualmen-

te en su casa, cerca de los suyos. Nuestras escuelas fueron invadidas por grupos de mujeres y de niños bañados en lágrimas, que venían allí a buscar refugio, no sabiendo, los desgraciados, como lo comprenderíamos más tarde, que nuestra presencia les sería fatal, porque los revoltosos buscaban, para masacrarlos, a todos los franceses de Fez.<sup>38</sup> Yo intenté organizarnos para defendernos mejor y vender cara nuestra vida. Teníamos en todo nuestro grupo 5 fusiles para más de 400 refugiados.<sup>39</sup> Era una situación desesperante. Hacia las 2 de la tarde, se me vino a decir que los salteadores habían quemado las puertas del *mellah* y penetrado en el barrio. El saqueo comienza en ese momento y nosotros oíamos los gritos de las personas a las que degollaban, su clamor de desesperación. Yo intenté, a precio de oro, enviar noticias al ministro de Francia y al campamento francés de Dar-Dhibagh, distante del *mellah* dos kilómetros, para pedir socorro [...] No conocía entonces la situación a la que debía hacer frente el general Brulard, que no disponía aproximadamente más que de 800 hombres. El campamento de Dar-Dhibagh había enviado unos socorros a la embajada, pero las tropas, en lugar de atravesar el *mellah*, el camino más corto, lo que habría supuesto la salvación para todos nosotros, tomaron el camino que pasa bajo los muros del *mellah*; los soldados rebeldes, que ocupaban ya varias casas de nuestro barrio, dispararon sobre estas tropas desde lo alto de las terrazas del *mellah*, de suerte que los oficiales franceses creyeron por momentos que los israelitas les eran hostiles, y que estaban del lado de los rebeldes. Durante este tiempo, mientras que el general hacía todos los esfuerzos para controlar la situación y llegar costase lo que costase a la embajada para defender y proteger al mismo tiempo el barrio europeo, nosotros, en el *mellah*, estábamos abandonados a nuestra suerte, cuando con un destacamento de 100 fusileros habría sido suficiente para derrotar a los malhechores que os relato. Nosotros hemos sido las víctimas expiatorias e inocentes del movimiento antifrancés que ha estallado en Fez; aunque algunos franceses han sido asesinados y mutilados, algunos oficiales y comerciantes han perdido la vida durante la jornada, la desgracia que ha golpeado a una comunidad entera como nuestro *mellah* es aún más atroz; de toda la ciudad de Fez, nosotros hemos sido los únicos perjudicados, tanto es esto cruelmente verdadero como que en toda explosión de cólera en Marruecos, es sobre los *mellahs* donde se ejerce las venganzas y se vuelcan los odios.

El pillaje comenzado el miércoles a mediodía ha continuado sin interrupción hasta el sábado por la mañana. Durante tres días se ha robado, incendiado, masacrado el *mellah* sin interrupción. La noche del miércoles al jueves ha sido una noche infernal. Me acordaré toda mi vida de esta vigilia, con las armas en la mano, al lado de mi familia aterrada, esperando el fusilamiento, los clamores de la víctimas, en un barrio iluminado por el siniestro resplandor del incendio, esperando a cada instante ser asaltado por la horda salvaje y ser masacrado con los míos. Hemos vivido momentos terribles. Yo había reunido alrededor mío a mi mujer, mis hijos, el personal de las escuelas, para morir juntos. Íbamos a morir, a pesar de la defensa desesperada que habíamos opuesto a los asaltantes, porque conocíamos el caso de muchas familias que se habían defendido con coraje desesperado y que habían finalizado por sucumbir bajo las balas y las llamas. Desde la mañana del jueves, ante las atrocidades ya cometidas y queriendo escapar a nuestras desgracias, comprometí a los habitantes de las casas que nos rodeaban para huir; yo mismo abandoné la escuela con los míos y todos los refugiados, y nos precipitamos a un jardín anexo al palacio del sultán. Pasamos allí el resto del día, acorralados y perseguidos de bosquecillo en bosquecillo, de choza en choza. ¡Oh! En esta huida perdida por este jardín, no os podré nunca relatar el horror, los gritos de las mujeres, de los niños que se colgaban de mí, imaginándose que yo tenía medios para salvarlos. Hacia la tarde, es la salvación. El sultán, conmovido por la compasión, hizo buscar a todos los israelitas y les abrió las puertas de su palacio, a las cuales nosotros habíamos venido llamando vanamente todo el día. Cerca de dos mil israelitas se refugiaron allí esa tarde en un patio del palacio. ¿Dónde habían ido los otros? Nosotros temíamos que a su suerte. Pasamos la noche en el patio del palacio, bajo la lluvia, enfermos, hambrientos (no habíamos comido desde el miércoles por la mañana y no pudimos tener un trozo de pan hasta el viernes por la mañana). Al día siguiente por la mañana, viernes, el sultán me hizo ir a verlo con mi familia; insistimos para incluir igualmente a nuestro personal, lo que fue aceptado; nos acogió en su casa, el sultán vino a vernos y entrevistarse con

nosotros, sencillamente y con gran bondad; recibimos su completa hospitalidad hasta la mañana. Abandoné el palacio para ir a la embajada y ocuparme de los israelitas. El resto de los israelitas fue acogido en el palacio el viernes. El sultán hizo generosamente distribuir víveres entre los israelitas; la autoridad militar, la embajada, el cónsul de Inglaterra han enviado pan.

[...] Desde que yo he abandonado el palacio y me he refugiado en el barrio europeo, donde me alojo actualmente, me he ocupado de reunir en el hospital civil de Fez a todos nuestros heridos israelitas; dos médicos franceses han sido puestos a nuestra disposición por M. Renault; nuestros heridos son alrededor de 25. Sus súplicas son atroces; varios morirán. La población judía se ha quedado en el palacio, atendida con la distribución de víveres; los israelitas están allí sin abrigo, sin vestidos, acostados en la tierra desnuda o encerrados en las jaulas de los leones que les sirven de refugio, tiritando de fiebre, afectados por la disentería. Cada vez que entro en estos patios, el corazón se me rompe con el espectáculo que se me ofrece a los ojos. ¿Cómo sobre tanta ruina podremos reconstruir una ciudad nueva? [...]

Esta mañana he ido con M. Renault, un arquitecto, unos médicos, unos oficiales a visitar lo que queda del *mellah*. Hemos atravesado un barrio siempre tan alegre, tan animado, tan lleno de movimiento, hoy día desierto, silencioso.

Las fachadas de las casas están demolidas; calles enteras, cubiertas de escombros de casas desmoronadas, las puertas de las casas rotas; restos de muebles, los restos y las trazas de la carnicería a la cual con toda seguridad centenares de saqueadores se han librado durante tres días. Los cadáveres que cubren las calles han podido ser enterrados; son más de cincuenta hombres, mujeres y niños. ¿Cuántos otros se encontrarán bajo los escombros? [...] ¡Estas escenas de salvajismo han sido reconstituidas en mi imaginación desolada! En mi casa, la única casa conocida de un francés en el *mellah*, ha habido un verdadero encarnizamiento; todo lo que yo poseía ha sido robado o destruido. He hecho visitar a M. Renault el mayor número de casas posible para que se diese cuenta de la inmensidad del desastre. Se ha llevado una impresión de horror inolvidable.

A la vuelta de esta visita al barrio, M. Renault y yo nos hemos ido a ver a los israelitas al patio del palacio. El ministro les ha dirigido unas palabras de ánimo y de esperanza que han reconfortado un poco a nuestros desgraciados correligionarios.

Ahora, después de tantos desastres, tenemos un deber imperativo que cumplir, remediar con lo mejor tanta maldad, reparar tantas injusticias, recrear la vida allí donde la muerte ha pasado.

[...] Os suplico enviéis todos los socorros que podáis, y abráis en el mundo entero, por todos lados donde tengamos correligionarios, suscripciones patrocinadas por vosotros. Una suscripción ha sido abierta en la ciudad musulmana, pero no conocemos aún el resultado.

[...]

Yo debo vestirme de árabe para poder circular fuera del barrio europeo para mis compras de víveres y mis idas al palacio, la ciudad musulmana esta aún infestada de soldados rebeldes y de fanáticos dispuestos a masacrar [Elmaleh, 1912].

## NOTAS

1. Este trabajo fue realizado gracias a los proyectos de investigación I+D HUM2007-66163 (Ministerio de Innovación y Ciencia, España) y Excelencia P06-SEJ-02101 (Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa, Andalucía, España), y a la estancia PR-2009-0526 en el LAIOS - École des Hautes Études en Sciences Sociales de París.

2. *Le Matin*, 31 de marzo de 1912.

3. *Le Temps*, 2 de abril de 1912.

4. *Le Matin*, 3 de abril de 1912.

5. *Le Temps*, 22 de abril de 1912.

6. *Le Temps*, 19 de abril de 1912.

- 
7. *Le Temps*, 20 de abril de 1912.
  8. *Le Matin*, 11 de abril de 1912.
  9. *L'Illustration*, 27 de abril de 1912.
  10. *Le Matin*, 22 de abril de 1912.
  11. *Le Matin*, 6 de abril de 1912.
  12. *Le Petit Parisien*, 19 de abril de 1912.
  13. Ésta era una cantidad consagrada a la alimentación del soldado.
  14. *Le Petit Journal*, 19 de abril de 1912.
  15. *Le Matin*, 19 de abril de 1912.
  16. *La Petit Parisien*, 18 de abril de 1912.
  17. Véase, por ejemplo, Samuel Biarnay, "Apéndice", en David M. Hart, *Bandidismo en el Islam. Estudios de caso en Marruecos, Argelia y frontera noroeste de Pakistán*, Barcelona, Anthropos, 2006. [Estudio preliminar: J.A. González Alcantud.]
  18. *Le Petit Parisien*, 22 de abril de 1912
  19. *Le Petit Parisien*, 21 de abril de 1912.
  20. *Le Matin*, 23 de abril de 1912.
  21. *Le Matin*, 21 de abril de 1912.
  22. *Le Matin*, 23 de abril de 1912.
  23. Teniente coronel Debon, "Le massacre de Fez et les erreurs qu'il expliquent", *Le Matin*, 24 de abril de 1912.
  24. *Le Temps*, 24 de abril de 1912.
  25. Esta correspondencia también fue reproducida en el *Bulletin de l'Alliance Israélite Universe- lle*, 3.<sup>a</sup> série, n.º 36, 1912: 57 y ss.
  26. Firmin Jacquillat (Casablanca) a Marie Jacquillat (Versalles), 18 de mayo de 1912. Carta publicada en Internet.
  27. Otras fuentes hablan de entre ochenta y cien mil.
  28. La sumisión, que conlleva la petición de protección. Era frecuente esta práctica, sobre todo en Tánger, entre los autóctonos y las representaciones diplomáticas.
  29. *Le Matin*, 25 de abril de 1912.
  30. *Le Temps*, 26 de abril de 1912.
  31. *Le Temps*, 28 de abril de 1912.
  32. A destacar de temática marroquí el libro de Hubert-Jacques *L'Aventure riffaine et ses dessous politiques*, París, eds. Brossard, 1927. Libro en el que se muestra muy crítico con las opiniones metropolitanas sobre el curso de los acontecimientos de Marruecos, casi tres lustros después de los de Fez. Por entonces, y ante el avance de Abdelkrim que se encontraba a pocos kilómetros de Fez, el clima que se creó en esta ciudad fue de gran patriotismo con motivo de la celebración del 14 de julio, con la unanimidad entre fasis y franceses. Acuerdo cuyo "mérito incontestable —nos dice— [...] provenía del mariscal Lyautey, en razón de la política seguida hacia los indígenas en todo el protectorado, tanto en las administraciones civiles como militares, gracias a las simpatías anudadas entre los musulmanes y nosotros, y en función de las ventajas reales obtenidas por los marroquíes bajo nuestro régimen" (p. 245). ¡Cuánto habían cambiado los tiempos desde 1912!
  33. *Le Matin*, 3 de mayo de 1912.
  34. Réginald Kann, *Le Protectorat Marocain*, París, Berger-Levrault, 1921.
  35. *L'Illustration*, 27 de abril de 1912.
  36. *L'Illustration*, 31 de mayo de 1912.
  37. Elmale, carta de 23 de junio de 1912, en *Bulletin mensuelle de l'Alliance Israélite Universelle*, abril-mayo-junio de 1912: 35.
  38. La *Alliance Israélite Universelle* era una institución creada por los judíos franceses, y el director tenía esa nacionalidad.
  39. A consecuencia del contrabando de cartuchos en el *mellah*, el majzén había ordenado hacer desaparecer las armas de este barrio, con lo que los judíos se encontraban indefensos (Hubert-Jacques, 1913: 69).

*Pies de fotos, de izquierda a derecha y de arriba abajo*

**Página 129:**

- La señora Bringau, en primer plano, y su marido a caballo, el general Moinier al fondo. Los Bringau fueron masacrados. Foto tomada con la cámara de Bringau
- Varias señoras de la colonia francesa días antes del levantamiento, entre ellas la señora de Regnault. Foto Bringau. Foto tomada por el sultán con la cámara de Bringau
- Puesto de tiradores cerca del hospital militar. Foto Niddam & Assouline
- El sultán y varios miembros de su corte —El Mokri, Ben Gabriht— y de la embajada francesa —Moinier, Dumesnil, Brulard—, quince días antes del levantamiento popular. Foto Bringau
- Puesto de tiradores cerca del consulado de Inglaterra. Foto Niddam & Assouline
- Algunos de los masacrados, entre ellos el lugarteniente Lory, decapitados y paseados sus despojos por la medina
- Barricada principal en el barrio de los europeos, el Doh. Foto Niddam & Assouline

**Página 130:**

- Hebreos refugiados en el patio del sultán. Foto Dr. Weisgerber
- Destrucción del *mellah*. Foto Dr. Weisgerber
- Ametralladora instalada cerca de Bab el Guisa. Foto Niddam & Assouline
- Niños judíos en el patio del palacio del sultán, junto a las jaulas de las fieras. Foto Dr. Weisgerber
- Judíos en los patios del palacio del sultán. Foto Niddam & Assouline
- Casas incendiadas en el *mellah*. Foto Niddam & Assouline

**Página 131:**

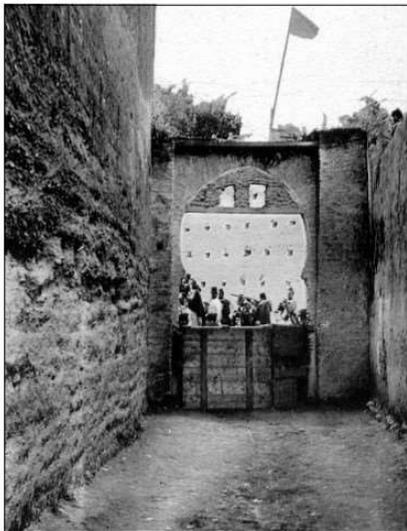
- Los judíos del *mellah* refugiados en el palacio se asean en las fuentes. Foto Hubert-Jacques
- Cadáveres de soldados rebeldes evadidos del hospital y ejecutados por las tropas francesas cerca del consulado inglés. Foto Niddam & Assouline
- Tropas francesas estacionadas en la Makina para defender el polvorín. Foto Niddam & Assouline
- Tropas francesas ante Fez, disparando a los refugiados en las mezquitas. Foto Hubert-Jacques
- Entierro de las víctimas francesas, con la asistencia de las autoridades majzenianas (I). Cada tumba tiene un número. El monumento funerario lleva sobre la cruz el lema “A las víctimas de la insurrección del 17 de abril de 1912”. Foto capitán Chevalier
- Detenidos en la rebelión vigilados por tiradores franceses. Foto Dr. Weisgerber

**Página 132:**

- Conducción de cadáveres de un artillero y siete tiradores muertos. Foto capitán Chevalier
- Ejecución de cuatro indígenas y un áscari que habían participado en la rebelión. Foto capitán Chevalier
- Entierro de las víctimas francesas, con la asistencia de las autoridades majzenianas (II), el Hajd Mohammed y el visir El Mokri. Foto capitán Chevalier
- Los hebreos enterrando a sus muertos en el pogromo. Foto Dr. Weisgerber
- El general Brulau recibe a los europeos, vestidos a la manera local, que han escapado de la masacre. Foto capitán Chevalier
- Conducción de los condenados a muerte, entre legionarios. Foto Hubert-Jacques
- Momento de la ejecución. Foto Hubert-Jacques

**Página 133:**

- Monumento a las víctimas francesas. Por detrás asoma la antena de la telegrafía sin hilos, capital para sofocar la rebelión
- Los heridos son condecorados. Foto Maresekak
- El triunfo de Lyautey (I). Entrada en Casablanca en mayo de 1912. Foto M. Vaffier-Pollet
- Samuel Biarnay y otros telegrafistas salvados de la matanza. Foto Niddam & Assouline
- Presos encadenados conducidos al consejo de guerra que los condenaría a ser fusilados. Foto Hubert-Jacques
- El triunfo de Lyautey (II). Entrada en Casablanca en mayo de 1912. Foto M. Vaffier-Pollet
- Las tropas desfilan ante los 48 ejecutados condenados en consejo de guerra. Foto Hubert-Jacques



DEUX MORTS AU MAROC

Le sous-intendant militaire Paul Lory a été l'un des victimes de la salubrité des ark-ty de Fez.

Élève d'un officier, il avait été élevé au Prytanée militaire de la Flèche, où il était passé à Saint-Cyr. Il est mort le 1<sup>er</sup> octobre 1889 dans la cavalerie. Pendant plusieurs années, il avait été affecté aux affaires indigènes en Algérie, et notamment dans admirablement les Arabes, et surtout les Kabyles.

En 1901, il fut nommé dans l'intendance, et en 1904 eut un grade de sous-intendant de 2<sup>e</sup> classe. — Équivalent à celui de lieutenant-colonel.

Il vint, pour ainsi dire, d'arriver à Fez, puisque c'est seulement en septembre 1911, quo de Niot, où il servait, il avait été désigné pour la mission militaire, qu'on commença à réorganiser.

Il était d'ailleurs exquise, pétulant, gai, toujours en verve. À Fez, il était non vu, le plus agréable, le plus obligeant des visiteurs. J'entends encore son pas alerte gravir le grand escalier du Dar el-Mimam, où, par campagne, ses éperons sonnet sur les dalles, son joyeux langage. Si je l'ai vu écarter, j'en ai passé mes nuits chez lui l'un après l'autre.

Et son bonnet était exquis. Ce collaborateur



Le sous-intendant militaire Lory. Ph. Lory.

impétueux avait, pour décevoir sa garnison, le goût raffiné, les délicatesses d'un maître de maison expert. Ses fiancées de Fez, blanches et vertes sur un fond rosé, baldaïes à ses yeux d'un éclat doux. Aux fêtes, il avait tendu de ces jolis voiles de lin que les coiffures riches des harems, à coups d'aiguille multicolores, ont crépité de précieuses bordures, et ses carreaux de faïences étaient jonchés de tapis, en encens de petits coussins en tous sens, bruns, fauves, jaunes, de plus original effet, que son impétueux avait provoqué à l'aide de simples amottes herbères, de végétaux secs à usage. Qu'aurait fait de cet acte si sage — et si accueillant — les forces qui l'ont envahi.

Plus heureux que le colonel Lory, le

